



“III. Análisis del Arte de Horacio Carochi”

p. 85-126

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla
Tomo VI. Lingüística

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2010

340 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-53-1 (tomo VI, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-52-4 (tomo VI, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/545.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



III. ANÁLISIS DEL ARTE DE HORACIO CAROCHI*

El contenido de las 132 páginas, recto y vuelto —en realidad un total de 264 páginas de este *Arte*— puede analizarse desde varios puntos de vista. Con la brevedad posible haré una valoración desde los siguientes ángulos:

- a. Estructura de la obra
- b. Fuentes empleadas
- c. El interés fonológico
- d. Morfología y sintaxis
- e. Derivación y composición
- f. El libro sobre adverbios y conjunciones

Reconoce Carochi desde un principio en sus dos páginas iniciales dirigidas “Al lector” que:

Habiendo salido a luz tres Artes desta lengua, sufficientes y doctos, en particular el del padre del Rincón, que con tanto magisterio la enseña, parecerá superfluo éste [...].¹

Obviamente los *Artes*, a los que se refiere como publicados, son los ya citados de fray Alonso de Molina (1571), Antonio del Rincón (1595) y fray Diego de Galdo Guzmán (1642). Cabe recordar que el *Arte* de fray Andrés de Olmos, aunque concluido en 1547, ni había sido publicado por este tiempo ni lo sería sino hasta la segunda mitad del siglo XIX. Al describir a continuación los aspectos más sobresalientes en la estructura del *Arte* de Carochi, habremos de valorar si guarda o no semejanzas con respecto de los trabajos que precedieron.

* Proviene del estudio introductorio a la edición facsimilar del *Arte de la lengua mexicana* de Horacio Carochi, México, UNAM, 1983. La biografía de Carochi se publicó en el v. 4 de esta serie de obras.

¹ Carochi, *Arte...*, p. 9r.



Estructura de la obra

En cinco libros o partes distribuye el autor su obra. De todas ellas la más extensa es la última, el libro v, que trata de los adverbios y otras partículas. La simple lectura del prólogo o palabras “al lector” pone ya de manifiesto que en la estructuración de su trabajo y en lo que concierne al contenido del mismo sobresalen tres preocupaciones principales. Por una parte está la de aprovechar lo alcanzado sobre todo por Antonio del Rincón. Destaca en segundo lugar el interés por el tema de los adverbios y las partículas, asunto al que, según Carochi, no se ha prestado atención. Finalmente su afán perfeccionista se traduce en su insistencia por lograr un conocimiento más perfecto de la lengua en lo que toca a su pronunciación. Para ello —así lo anuncia— introducirá diversas formas de acentos en todos los vocablos que lo requieran.

En las mismas palabras “al lector” expresa escuetamente cuál es la estructura del *Arte*. Su plan difiere de los de Olmos, Molina y Galdo Guzmán. El primero había distribuido en tres partes su obra: la primera acerca de los pronombres, nombres primarios y derivativos verbales, adjetivos, nombres compuestos, comparativos y superlativos; la segunda, sobre los verbos, sus voces y sistemas derivados; la tercera sobre partículas, ortografía y maneras de hablar.

Molina, más sucinto, reduce su *Arte* a sólo dos apartados, uno en el que abarca todas las partes de la oración, y el otro que destina a las que describe como “Declaración de dicciones dificultosas de la lengua mexicana”.

Galdo Guzmán, aunque maestro de náhuatl en la Universidad, resulta menos completo en sus tres libros. En el primero abarca no muy lúcidamente nombres, pronombres, adjetivos y elementos acerca de los verbos; en el segundo continúa con las conjugaciones, asunto que termina en el tercer libro, en el que da finalmente entrada a los nombres verbales, las preposiciones, adverbios, conjunciones, interposiciones y otras partículas.

Adoptando, en cambio, al menos en parte, el esquema de Antonio del Rincón, distribuye Carochi su obra en cinco libros:

El primero se inicia con un capítulo sobre “las letras” de esta lengua y “los acentos”, en particular la longitud de las sílabas y la existencia de dos géneros de “saltillo”. En seguida atiende a nombres y pronombres. También se ocupa luego de las “preposiciones”. Puede decirse que, amplificando lo expuesto por Rincón, muestra cómo se estructuran las raíces nominales y pronominales primarias, en sus formas singulares y plurales, diminutivas y reverenciales. Igualmente da cabida a los que llamaré morfemas indicadores de relación, es decir al conjunto de afijos y partículas que hacen posible el funcionamiento de nombres y pronombres en el contexto de la expresión.

Justamente al estudio de tales morfemas es a lo que Carochi se refiere bajo el rubro de las “preposiciones”.

El segundo libro —al igual que en el *Arte* de Rincón, pero asimismo de manera más copiosa y con múltiples descripciones de gran precisión— se dedica por entero al verbo. El tratamiento se inicia destacando varias particularidades del verbo en náhuatl. De modo muy especial se fija la atención en los prefijos, marcadores de una relación de la raíz verbal con sustantivos o pronombres que pueden verse afectados por la correspondiente acción. Es decir que desde el principio se destaca el importante papel que juegan los prefijos *te-*, *tla-*, *qui-* y *quin-o*. Al ocuparse luego de la conjugación, señala el autor las relaciones que guardan morfémicamente los distintos tiempos entre sí, antecedente de su ulterior tratamiento sobre la significación propia de cada uno de los tiempos verbales en esta lengua.

La preocupación fonológica aflora con frecuencia en este segundo libro ya que trata, entre otras cosas, de la longitud de las sílabas. El estudio de la formación de los pretéritos lo lleva a fijarse, como lo había hecho a propósito de nombres y pronombres, en alteraciones que parecen excepción y que se explican como resultado de procesos morfofonémicos. La peculiaridad del que puede describirse como un subjuntivo en náhuatl, las características de la voz pasiva (la cantidad de la penúltima sílaba de los verbos pasivos), los impersonales, irregulares y defectivos, constituyen otros tantos puntos sobre los que se concentra el autor. Conociendo la ausencia en esta lengua de infinitivo, gerundios y participios, se interesa luego en mostrar de qué maneras “suplen los mexicanos las formas que no tienen”.

En el tercer libro —siguiendo también el esquema de Rincón— cubre con amplitud el tema de la derivación de los nombres y verbos. Como lo había hecho antes, también en éste describe y analiza muchos elementos desde nuevas perspectivas. Por un lado subraya la amplia gama de posibilidades de derivación en esta lengua a partir tanto de nombres como de verbos primarios. Es aquí donde se vale, con matices propios, del concepto de “adjetivo”. También muestra la versatilidad del náhuatl que, dando lugar a muy pocas excepciones, permite estructurar verbos a partir de nombres y asimismo, con base en los verbos, derivar un gran conjunto de nombres verbales de connotaciones precisas, y nuevamente tomando como punto de partida distintos verbos, dar lugar a otros subsistemas de sentido compulsivo, aplicativo, reverencial, frecuentativo y otros.

El estudio de los afijos que estructuran los sistemas y subsistemas de derivación es ejemplo de la no común capacidad lingüística del autor. Interesa añadir que es en este mismo libro donde se ocupa de la derivación de los locativos, entre ellos de los nombres propios de lugar y asimismo de los de “moradores de pueblos”.

Acerca del libro cuarto había anunciado Carochi en sus palabras “Al lector” que, “en lugar de sintaxi (que esta lengua no la tiene), se pone el modo con que unos vocablos se componen con otros”.² Tal afirmación, que a muchos podrá parecer extraña a primera vista, se explica recordando que en la *Gramática* de Nebrija justamente el libro cuarto se destinó a la “Syntaxi y orden de las diez partes de la oración”.³ Por su parte Rincón había procedido de modo semejante, cosa que influyó en el ánimo de Carochi. Éste de hecho empieza este libro transcribiendo casi literalmente lo asentado por su maestro.

La idea central, expresada por ambos, es que, compensando la ausencia de casos como en las declinaciones del latín, la composición sustituye a los genitivos y equivale a los epítetos, haciendo el estilo más suave y sonoro.⁴ De hecho el propio Carochi habría de dar entrada a otra suerte de análisis sintácticos en el libro quinto acerca de los adverbios que: “[...] son en cualquier lengua lo que los nervios en un cuerpo que, aunque menudos en sí, dan fuerza y valor a los demás miembros [...]”.⁵

De esta suerte, como era de suponerse, no toda la sintaxis iba a reducirse a la composición de palabras. Por lo demás puede decirse que es en este libro donde el padre Horacio más se apega a lo expuesto por su predecesor tetzcocano. Incluso son iguales varios de los ejemplos que ofrecen, tomados de la antigua tradición clásica. Hay, no obstante, descripciones más amplias y precisas como las referentes a las “ligaturas” *-di* y *-ti*, y a la partícula *-po*. También debe destacarse el capítulo sobre “los mexicanismos, maneras de hablar propias de esta lengua”, que, si ostenta el mismo título que otro del *Arte* de Rincón, es mucho más extenso y proporciona valiosa información acerca del uso de los tiempos en los verbos.

El libro quinto y último lo destina Carochi a llenar lo que tiene como laguna inexplicable, el estudio de los adverbios y conjunciones (partículas) que comprende no sólo su enumeración, clasificación y traducción, sino también la descripción analítica de su funcionamiento, ilustrada con numerosos ejemplos de la literatura clásica de esta lengua. Extraño, sin embargo, resulta que Carochi —más allá del gran mérito de esta parte de su trabajo— haya sostenido en sus palabras “Al lector” que:

² Carochi, *Arte...*, p. 9v.

³ Antonio de Nebrija, *Gramática de la lengua castellana*, edición crítica de Pascual Galindo Romeo y Luis Ortiz Muñoz, Madrid, 1946, p. 87.

⁴ Véase Antonio del Rincón, *op. cit.*, p. 51 y Carochi, *Arte...*, p. 75r.

⁵ Carochi, *op. cit.*, p. 88v.

[...] el haberse añadido un libro, en que se explican los adverbios (de los cuales *neque verbum* los demás autores), ha hecho crecer más de lo ordinario este Arte; pero este último libro fuera de ser muy provechoso por los muchos ejemplos y excelentes frases de muy buenos auctores, que con mi larga experiencia he recogido, y que quizá en ninguna otra parte se hallarán, es tal, que el que lo quisiere leer, podrá con él saber con perfección la lengua, y el que no, la aprenderá *ut cumque*, [de cualquier modo], como hasta agora se ha aprendido sin él, y por otra parte abreviará muy gran pedazo deste Arte con no leerle [...].⁶

En el conjunto de afirmaciones expresadas en el párrafo anterior, parece conveniente introducir algunos distingos. El primero toca a la aseveración de que “los demás autores” no han dicho *neque verbum* (ni una palabra) sobre los adverbios. Válida es la afirmación si se refiere al *Arte* de Rincón, pero no lo es ni acerca de la gramática de Olmos,⁷ ni de la de Molina,⁸ ni tampoco de la sólo tres años antes publicada (1642) de Galdo Guzmán.⁹ Casi inexplicable parece que hombre tan acucioso como el padre Horacio —que debió conocer al menos las obras de Molina y Galdo Guzmán— les adjudique no haber incluido “ni una palabra” sobre el tema de los adverbios, cuando es fácil percibir que en las clasificaciones de adverbios y conjunciones hay una secuencia a partir de la obra de Olmos hasta llegar a la del mismo Carochi.

Atenuando el cargo que contra éste pudiera derivarse de lo dicho, añadiré que, al principio de este su libro quinto, parece precisar mejor el sentido de su crítica: “He echado siempre de menos —nos dice— en los artes mexicanos que hasta agora se han impreso, un libro o tratado de adverbios [...]”.¹⁰

Ello —la existencia de un libro o tratado sobre los adverbios— efectivamente no se había dado antes y, por supuesto, jamás se había reunido y analizado tal cúmulo de textos, como en el trabajo de Carochi, para mostrar el funcionamiento de las diversas partículas en que tanto abunda el náhuatl. Como habremos de verlo con mayor detenimiento, en

⁶ Carochi, *op. cit.*, p. 9r-v.

⁷ Véase en Olmos, *op. cit.*, p. 179-190, donde se ocupa con relativo detenimiento de los adverbios, y p. 194-195, en que trata de las conjunciones.

⁸ Molina, en *op. cit.*, p. 71r-74r, discurre acerca de los adverbios y, en p. 81v-82v, de las conjunciones e interjecciones.

⁹ Fray Diego de Galdo Guzmán, *Arte mexicano*, en México, por la Viuda de Bernardo Calderón, 1642, reimpresso por el Museo Nacional de México, 1890, p. 377-389.

¹⁰ Carochi, *op. cit.*, p. 88v.

este libro quinto, a propósito de adverbios y conjunciones, se reúnen más que en cualquier otro arte (por no decir más que en todos los otros artes coloniales juntos), pertinentes ejemplos tomados de fuentes de la antigua tradición indígena. En tal sentido los análisis que hace aquí Carochi —muchos de ellos tocantes a la sintaxis del náhuatl— son de inapreciable valor.

La obra concluye con la relación de “algunos mexicanismos que no se pusieron en su lugar” y con un capítulo último “De dicciones que mudan la significación, solamente por la variación del acento”. De esta suerte el padre Horacio inició y terminó su *Arte* con temas pertenecientes a la que hoy denominaríamos fonología de esta lengua.

Fuentes empleadas

Ya he destacado las relaciones de dependencia del mucho más amplio trabajo de Carochi con respecto al de su maestro Rincón. En tal sentido puede decirse que la obra de este último fue para él fuente muy importante de inspiración. Igualmente debieron serlo las lecciones del mismo tetzcocano, entre ellas las que fueron señalamiento de la existencia e importancia de los antiguos textos de la tradición indígena. No es extraño, por tanto, encontrar que Carochi haya expresado en sus párrafos “Al lector” que ha tomado en cuenta: “[...] los muchos ejemplos y excelentes frases de muy buenos autores que, con mi larga experiencia he recogido, y que quizá en ninguna otra parte se hallarán [...]”.¹¹

A esto se sumaron los conocimientos derivados de la práctica de la lengua, en especial en lo tocante a su pronunciación, tal como se manifiesta en quienes la hablan correctamente. Precisamente este empeño referido a la pronunciación, subrayado ya antes por su maestro Rincón, tuvo como consecuencia que en el nuevo *Arte* se acentuaran, cuando ello fue necesario, las palabras. “Para que pueda el que la aprendiere, aprender juntamente la pronunciación que, si ésta no se sabe, hablará cualquiera la lengua mexicana por mucho que haya trabajado en ella, poco mejor que un negro bozal la española”.¹²

Puesto que en esta introducción se dedica un apartado especial a su aportación de carácter fonológico, pasaré ya a precisar cuáles fueron las principales fuentes de las que tomó “los muchos ejemplos y excelentes

¹¹ Carochi, *op. cit.*, p. 9r.

¹² *Loc. cit.*

frases” para incluirlas como objeto de estudio en su *Arte*. Dichas fuentes pueden distribuirse en dos grupos: las que cabe describir como de la tradición indígena prehispánica y las procedentes de obras de la época colonial, bien sea originales o traducciones del latín o castellano al náhuatl.

Entre los textos clásicos nahuas que, de un modo o de otro, conoció Carochi hay fragmentos de antiguos cantares, descritos por él como muestras del “lenguaje poético de los indios antiguos”, anotaciones o “lecturas” del contenido de algunos códices, así como múltiples citas de la recopilación de testimonios llevada a cabo por fray Bernardino de Sahagún.

Por lo que toca a los cantares y poemas, los fragmentos que transcribe Carochi —copiando en algunos casos a Rincón— guardan considerable semejanza con algunas composiciones incluidas en los manuscritos que se conservan, tanto en la colección de *Cantares Mexicanos* de la Biblioteca Nacional de México, como en los *Romances de los Señores de la Nueva España* de la Biblioteca Latinoamericana de la Universidad de Texas, en Austin. Veamos las siguientes muestras:

*Àmo iz tlālticpac tocenchān chālchiuhtāuh titēteānicò, tixàxāmānicò quetzaltēuh tipò-poztequicò, tipāpāticò.*¹³

De este poema, recurrencia de un tema varias veces presentado en los cantares, ofrece Carochi la siguiente versión:

No tenemos habitación eterna en este mundo, a manera de esmeralda hemos venido a quebramos, a manera de quetzales hemos venido a deshacernos y quebramos.

Otras frases presentes en distintos cantares, son asimismo aducidas por incluir muestras de las posibilidades de composición de nombres y verbos. Citaré tan sólo dos que por cierto Carochi tomó de Rincón:

Ayauhcoçámālōtōnamēyōtimani
Está resplandeciendo a manera de arco iris.

Xiuhltlapallācuilōlāmoxtli manca
Había un libro de anales, escrito y pintado con colores.¹⁴

¹³ Carochi, *op. cit.*, p. 18v.

¹⁴ *Ibid.*, p. 77r.

Obvia resulta la procedencia de estos ejemplos a los concedores de la poesía náhuatl de tradición prehispánica. Así, el primer largo compuesto, aducido a modo de verso aparece en la primera composición incluida en el manuscrito de *Cantares Mexicanos* de la Biblioteca Nacional de México.¹⁵

En lo que toca a las que he descrito como anotaciones o lecturas acerca del contenido de códices, son varios los ejemplos presentados por Carochi. Veamos algunos:

El primero procede de algún manuscrito o crónica relativa al tiempo de la peregrinación de los mexicanos:

Ompa Colhuàcān òilhuilòquē in Mēxicā in àmo iciuhca, in àmo çan cuēl àciquihuì in oncan tlàtòcātizquē.

En Colhuacan fue dicho a los mexicanos, que no llegarían tan presto ni en tan poco tiempo al lugar donde habían de reinar.¹⁶

Otro texto, de la misma crónica o de alguna otra en que se conservó asimismo el recuerdo de la venida de los mexicanos, es el siguiente, transcrito por Carochi para ilustrar un mexicanismo en que se emplea el pronombre *tēhuān*, *tēhuān-tin* (pl.), en composición con las formas personales prefijadas para expresar que “es o son” de los nuestros, vuestros, etcétera:

El rey de Azcapotzalco, acabados de llegar a la tierra los mexicanos dijo a sus consejeros: *ca çan nōtītēhuān in mexitin, ca tiquintlàtolcaquì*, “los mexicanos son de nuestra casta [son de los nuestros], pues entendemos su lengua”.¹⁷

¹⁵ Colección de *Cantares Mexicanos*, f. 1v. En las primeras líneas de dicho folio, en que se transcribe el *Cuicapeuhcayotl*, “Comienzo de los cantos”, leemos:

[...] *nepapan tlazoahuiac xochitl,*
tlazohuelitic xochitl,
ahahuachquequentoc
ayauhcozamalotonameyotimani
[...] variadas flores preciosas,
fragantes hermosas flores,
cubiertas, cubiertas de rocío,
están resplandeciendo como un arco iris.

¹⁶ Carochi, *op. cit.*, p. 107v.

¹⁷ *Ibid.*, p. 86r.

Si es ya interesante constatar que el nahuatlato florentino conoció algunos de los antiguos anales —ya vimos que específicamente habla él de la obra de Cristóbal del Castillo—, también resulta revelador que tuviera a su alcance algunos de los textos reunidos por fray Bernardino de Sahagún. Hasta ahora se pensaba que, enviados a España en 1577 en cumplimiento de reales órdenes (*Códice Matritense*), o llevados también al Viejo Mundo por el comisario general, fray Rodrigo de Sequera, en 1580 (*Códice Florentino*), poco era lo que de ellos había quedado en México. Y si cabía suponer que al menos permanecieron, bien sea en los conventos de San Francisco o de Santiago Tlatelolco, algunas copias o “traslados” dispuestos por Sahagún, no se tenía noticia de que a mediados del XVII alguien los hubiera estudiado y aprovechado, como fue el caso del padre Horacio. El último que había manifestado conocer algunos de los textos de Sahagún era el cronista indígena Chimalpahin Cuauhtlehuantzin, que escribió algunas décadas antes de la aparición del *Arte de la lengua mexicana* de Carochi.¹⁸

El hecho de que éste último ofrezca numerosas muestras tomadas del libro XII o de la Conquista, según la relatan los indígenas, y del libro VI en el que se incluyen discursos y otros *huehuetlahtolli*, pone de manifiesto que también de los materiales en náhuatl allegados por fray Bernardino se conservaban algunos en México hacia mediados del siglo XVII.

Veamos el siguiente fragmento del discurso dirigido —como lo asienta Carochi— “al rey recién electo”:

*Māço titotlācāpò, māço titohuāmpò, māço titocnīuh, māço titopiltzin, ca aocmo titotlācāpò, ca aocmo timitztlāca ittā, ca ye ticentlamantli, ca ye tīxtilli, ye tīmacaxtli, titēquānyò, tīleyò, timahuizyò, ca yc òmitzmomahuizyòtili in Totē-cuiyo.*¹⁹

Texto que traduce así Carochi:

Aunque eres como uno de nosotros, y nuestro compañero, y aunque eres nuestro hijo, no te miramos ya como a hombre, tienes ya otro ser, eres ya

¹⁸ Véase: Miguel León-Portilla, “Un testimonio de Sahagún aprovechado por Chimalpahin”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 14, 1980, p. 95-129.

¹⁹ Carochi, *op. cit.*, p. 119r.



persona de autoridad, espantas como león, tienes honra y autoridad, porque te ha honrado Nuestro Señor.

En el *Códice Florentino*, libro VI, capítulo X, que, como lo expresa Sahagún, es “Del lenguaje y afectos que usaban para hablar y avisar al señor recién electo; es plática de alguna persona muy principal”, se encuentra el siguiente párrafo:

[...] *māço titotlācapô, maço titocnīuh, maço titopiltzin*
[...] *ca aocmo titotlacāpō, ca amo timilztlāca ittâ [...]*.²⁰

Aunque hay variantes, debidas quizá al interés de Carochi por volver más claro el ejemplo en función de lo que pretende ilustrar, resulta patente que acudió éste a los textos reunidos por Sahagún o, en caso extremo, a otra compilación en alto grado parecida.

Mucho más numerosas son las expresiones tomadas del relato de los vencidos. Tanto es así que, entresacándolas del *Arte*, podría reconstruirse una parte de esos testimonios. También en ellos se perciben variantes al compararlos con el texto del *Códice Florentino* que, como se sabe, es el de la segunda redacción de estos informes acerca de la Conquista. Aquí ofreceré una muestra que considero de especial interés. Se trata de tres fragmentos que concatena Carochi, evocando una secuencia de acontecimientos: el regreso de los mensajeros que había enviado Moteuczoma para entrar en contacto con los españoles; la aflicción del soberano mexica al conocer lo que le informan y la descripción de cómo estallan los cañones de los hombres de Castilla. Las diferencias que hay respecto del texto del *Códice Florentino* podrían tal vez explicarse acudiendo a la hipótesis de que Carochi tuvo a la vista la primera redacción de esos testimonios, o sea la que sirvió de base a Sahagún y a sus colaboradores para elaborar el texto náhuatl definitivo, que es el que se conserva. De cualquier forma, la secuencia de los hechos y varios elementos en los fragmentos confirman que el origen último de los ejemplos aducidos en el *Arte* está en los testimonios indígenas allegados por fray Bernardino.

Iuhquin patlanì in titlantin ic [o inic] motlaloà inic quinōnōtzatihui in Moteucçōma, “corrían que parecía que volaban; a la letra: en cierto modo

²⁰ *Códice Florentino*, manuscrito 218-220 de la Colección Palatina, Biblioteca Medicea Laurenziana, libro VI, f. 44r-v.

vuelan, en cuanto corren los mensajeros para ir a avisar a Moteucçoma”; *auh in Moteucçōma cencà òmotequipachò, inīc quimat in aocmo huècahuītzè in Caxtiltēcà*, “y Moteucçoma se afligió mucho de saber; a la letra: en cuanto supo que ya no venían lejos los españoles”. *Inic huetzi in huēy tomāhuac tlequiquiztli, yuhquin cencà huēi tlátláztñiliztli, inic caquizti*, “la artillería, al disparar, suena como si fuera un trueno; a la letra: la artillería, en cuanto cae, suena como un trueno, en cuanto se oye [...]”.²¹

En el *Códice Florentino* se lee:

In quenin ittlanoan Moteucçōma oalmocuepqû [...] oalmotlaloa [...] inic quinōñōtzato in Moteucçōma [...]. “Como los mensajeros de Moteuczoma regresaron [...] con gran prisa corrían, para ir a informar a Moteuczoma”. *Auh in òihquicac Moteucçōma, cencà momauhti [...] moyoltequipachò [...]*. “Y como oyó esto Moteuczoma, mucho se espantó, se afligió mucho su corazón [...]”. *In tlequiquiztli iuhquin tlatlatzīni, auh in iquac huetzi [...]* “el disparo de fuego [la artillería] como un trueno y cuando cae [...]”.²²

Otro ejemplo del aprovechamiento de testimonios de los informantes de Sahagún lo tenemos en este fragmento:

[...] *çan tequitl oncān òniyocuiquè òtlaquàquè inic niman occeppa centlaquāuh òhuāltotōcaquè*, “no hicieron más que comer allí un bocado y luego caminaron aprisa sin parar”; esto —añade Carochi— dice una historia de los que vinieron de la costa a dar nueva a Monteçuma de la llegada de los españoles [...].²³

En el libro XII, capítulo del *Códice Florentino*, encontramos:

[...] *çan tequitl uncān oalhiocuitizquè, ic ie no ceppa centlaquāuh oaltōtōca [...]*.²⁴

La principal diferencia en el arreglo de Carochi es haber complementado el verbo *oalhiocuitizquè*, “vinieron a recobrar aliento”: *òniyōcuiquè*, y además *òtlaquàquè*, que más vívidamente expresan lo que allí ocurrió: “allí recobraron aliento, comieron”.

²¹ Carochi, *op. cit.*, p. 109r.

²² *Códice Florentino*, libro XII, f. 8r, 11v y 11r.

²³ Carochi, *op. cit.*, p. 104v.

²⁴ *Códice Florentino*, libro XII, f. 10r.

Lo expuesto —aunque revela las libertades que se tomó Carochi en sus citas, tal vez para adaptarlas mejor a sus propósitos gramaticales— obliga a reconocer que supo él apreciar la importancia de esos antiguos textos. Por otra parte, como ya lo dijimos, acudió asimismo a otras fuentes de la misma lengua, elaboradas en tiempos posteriores: fragmentos de traducciones al náhuatl de libros de la Biblia, sermones, confesionarios, vidas de santos, anécdotas y aun dichos recogidos por él en su trato con los indígenas. De este modo en su *Arte* dio entrada a ejemplos originados en un ámbito temporal relativamente amplio: desde la época anterior a la Conquista (cantares y *huehuetlahtolli*), hasta bien entrado ya el siglo XVII.

Más que aducir nuevas citas, enumeraré los títulos de algunas de esas principales obras coloniales en náhuatl de las que también obtuvo algunos ejemplos: varios libros del Antiguo y el Nuevo Testamento; una Vida de Santa Catalina; *Confesionarios* (¿Molina, Juan Bautista?), así como varios opúsculos incluidos en un volumen intitulado *Sermones en lengua mexicana del año 1617*, que perteneció al Colegio de San Gregorio de México y hoy se halla en la Biblioteca Nacional de México.²⁵ En dicho volumen se incluye, por ejemplo, el relato intitulado “Del religioso que oyó cantar al pájaro muchos años”,²⁶ es decir una versión en náhuatl de la tan repetida tradición acerca del “pajarito de la gloria”. De dicho texto tomó Carochi dos ejemplos que aduce para ilustrar el uso de la partícula *imic*.²⁷ Por cierto que en el mismo volumen al que estamos atendiendo —al igual que en otros que pertenecieron al dicho Colegio de San Gregorio—, quienes compilaron tales materiales o más tarde los revisaron, en las anotaciones que allí pusieron atribuyen la paternidad de algunos de esos escritores al “p. Oracio” (sic), referencia que casi seguramente corresponde al padre Horacio Carochi.

De este modo, si para encaminarse al análisis, descripción y, en una palabra, conocimiento de la lengua mexicana, tomó el padre Horacio como guía la obra y las enseñanzas de su maestro Antonio del Rincón, para fundamentar su propia aportación acudió a fuentes tan variadas como las que se han identificado aquí, desde las derivadas de la tradición prehispánica hasta los escritos, obras ya de frailes y otros nahuatlato de la misma orden religiosa que Carochi. A todo ello hay que sumar otro con-

²⁵ Véase la pormenorizada descripción que de dicho volumen ofrece Roberto Moreno de los Arcos en “Guía de las obras en lenguas indígenas existentes en la Biblioteca Nacional de México”, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, México, enero-junio 1966, t. XVII, n. 1 y 2, p. 110-111.

²⁶ *Ibid.*, f. 275-280.

²⁷ Carochi, *op. cit.*, p. 109r.

junto de expresiones que el autor afirma había escuchado en su trato con los hablantes nativos de la lengua. Como en la mayoría de los casos hace apuntamiento expreso al origen del texto que cita, el moderno estudioso de esta obra podrá tomar esto en cuenta y valorar así mejor lo que hoy podría describirse como “apertura diacrónica” en el análisis lingüístico del jesuita florentino.

El interés fonológico

De los autores de artes del náhuatl que precedieron a Carochi debe afirmarse que —con excepción de Antonio del Rincón y, en mucho menor grado, de Alonso de Molina—²⁸ poco aportaron sobre aspectos de la fonología del náhuatl, tales como los que se refieren a la calidad de las vocales, cantidad de las sílabas, cambios morfofonémicos y aun acerca de las variantes respecto de una oclusión glotal, “el saltillo”, sustituido en ocasiones por una aspiración. Significativo es lo que el primer gramático del náhuatl, fray Andrés de Olmos, expresó en su “Prólogo al lector”, acerca de lo que él tiene como perteneciente a “los acentos”:

No hablo de el acento por ser muy vario y no estar ni dejar siempre las dictiones enteras sino compuestas, y porque algunos vocablos parecen tener a veces dos acentos, por lo qual lo dejo a quien Dios fuere servido darle más ánimo para ello, o al uso que lo descubra [...].²⁹

Por lo que toca a Molina, que en el capítulo 9 de la segunda parte de su *Arte* se ocupa “Del buen sonido y del acento y buena pronunciación”, la información que proporciona dista mucho de ser clara y completa. Los dos “avisos” que al respecto da son obvio indicio de las dificultades e imprecisiones que él mismo veía en esta materia. Por una parte aconseja: “[...] cuando ignores el acento de algun vocablo desta lengua, pronuncies igualmente todas sus sílabas de la diction [...]”.³⁰

Por otra, con graciosa simplicidad, añade:

²⁸ Alonso de Molina, *Arte de la lengua mexicana y castellana*, en México, en casa de Pedro Ocharte, 1571, ver en la segunda parte p. 27r-28v.

²⁹ Andrés de Olmos, *Arte para aprender la lengua mexicana*, publicado con notas, aclaraciones por Rémi Siméon, Paris, 1875. Reproducción facsimilar con prólogo y versión al castellano de la introducción por Miguel León-Portilla, Guadalajara, Edmundo Aviña Levy, editor, 1972, p. 11 (Biblioteca de facsímiles mexicanos, 7).

³⁰ Molina, *op. cit.*, segunda parte, p. 28r.

El segundo aviso es que particularmente preguntes a los naturales la costumbre y manera que tienen de pronunciar sus acentos, en cualesquier dictiones de su lengua, y hallada, la escribas para encomendarla bien a la memoria de manera que no se olvide.³¹

En tanto que Olmos y Molina, tras señalar la importancia de varios aspectos de la fonología de esta lengua, no se sienten con capacidad para acometer su estudio, Rincón —como ya se dijo— es el primero en consagrar más amplio espacio y con mayor acierto al tema “De la pronunciación y acento de la sílaba”. De hecho los cuatro capítulos del libro quinto de su *Arte* versan sobre este asunto.

Importa notar aquí que —en función sobre todo de la gramática latina— la palabra “acento”, tal como la emplean los autores de que tratamos, connotaba un doble conjunto de elementos. Por una parte, según lo expresa con brevedad Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*, “hay tres diferencias de acentos: acuto, grave y circunflejo”.³² Es decir que en este primer sentido, la voz “acento” significa las varias formas de vírgulas o señales que se colocan sobre una vocal para marcar la pronunciación que le corresponde. Por otra parte, la misma palabra “acento” tenía otra connotación bastante amplia: abarcaba no sólo “la mayor intensidad con que se hiere determinada sílaba al pronunciar una palabra” —como lo define en su primera acepción el *Diccionario de la Academia*—, sino todo lo correspondiente al tono y longitud de las sílabas.

De hecho los antiguos tratadistas, al ocuparse de la prosodia, correlacionando los elementos tono-longitud-acento, se valían de diversos tipos de acento-signos para indicar en la escritura las correspondientes formas de pronunciación. Todo esto, que en latín —y en menor grado en castellano— tuvo vigencia, trasladado a las lenguas indígenas del Nuevo Mundo, en nuestro caso al náhuatl, dio lugar a numerosos problemas.

Ya vimos lo expresado por Olmos y Molina. Volviendo ahora a Rincón, debe reconocerse que sus aportaciones más importantes en esta materia son las que versan sobre “La expulsión y mutación que se hace en las letras por las collisiones de unas dictiones con otras” (cambios morfofonémicos), así como su registro de “Dictiones que mudan la significación solamente por la variación del acento” (sobre todo en razón de la longitud de una de sus sílabas). En cambio, en los dos capítulos que dedica a “La diversidad y

³¹ Molina, *op. cit.*, segunda parte, p. 28v.

³² Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española* (Madrid 1611), reimpresión: Madrid, Ediciones Turner, 1979, p. 37.

números que se halla de accentos” y a “Algunas reglas que se hallan para colocar los accentos”, su exposición —aunque antecedente de lo que más tarde alcanzó Carochi— adolece de oscuridades. Entre otras cosas, Rincón, no satisfecho con la posibilidad de “tres acentos, agudo, grave y circunflejo”, añade otros dos, “el moderado y el saltillo”.

Existen dos artículos en los que se pretende elucidar lo expuesto por Rincón en materia de acentos. Westbrook Barret en “The Phonemic Interpretation of ‘Accent’ in Father Rincon’s *Arte Mexicana*”,³³ tomando en cuenta también lo manifestado por Alonso de Molina, llega en realidad a conclusiones poco aceptables, como la de postular la existencia de vocablos acentuados prosódicamente en la antepenúltima sílaba. En otro artículo, en parte de crítica al de Barret, William Bright amplía la cuestión y toma también en cuenta lo expuesto por Carochi, aunque sólo en la versión compendiada de Ignacio de Paredes, aparecida en 1759. En realidad confunde Bright las dos obras y en la nota 4 de su artículo adjudica a Carochi ser autor de un *Compendio del arte de la lengua mexicana*, según el mismo Bright “escrito en 1645 y editado por Paredes y publicado en México en 1759”.³⁴ Ignorando que se trata de dos obras publicadas, de las cuales la segunda es compendio de la primera, es lamentable que Bright limitara sus consideraciones al resumen de Paredes. De cualquier forma, reconociendo las oscuridades en la exposición de Rincón, elucida en parte el sentido de los “cuatro acentos” de que habla Paredes resumiendo la obra de Carochi.

A mi parecer el examen del texto mismo del padre Horacio permite sacar conclusiones precisas en este asunto. Fundamentalmente interesa lo que expone éste sobre todo en las siguientes secciones de su *Arte*: libro I, cap. 1; libro II, cap. 1, cap. 5, párrafo 3; libro III, cap. 16; libro V, capítulo 6 (último) y el apéndice: “Dicciones que mudan la significación solamente por la variación del acento”. Con base en el análisis de lo que describe en dichos lugares, puede elaborarse el siguiente esquema sobre la fonología del náhuatl clásico:

Fonemas (mencionados por Carochi y los demás gramáticos coloniales con el nombre de “letras”):

Consonantes.³⁵ Son todos (los fonemas) o “letras del alfabeto castellano, aunque le faltan siete letras que son b, d, f, g, r, s, j”.

³³ Westbrook Barret, “The Phonemic Interpretation of ‘Accent’ in Father Rincón’s *Arte Mexicana*”, *General Linguistics*, 1956, n. 2, p. 22-28.

³⁴ William Bright, “Accent in Classical Aztec”, *International Journal of American Linguistics*, v. XXVI, n. 1, p. 66.

³⁵ Todo lo que cito respecto de los fonemas consonánticos, se incluye en Carochi, *op. cit.*, p. 1r-1v.

Después de esta enunciación genérica —que coincide con las de sus predecesores Olmos, Molina, Rincón y Galdo Guzmán—, hace algunas precisiones respecto de varios fonemas:

[la *v* consonante] los varones no la pronuncian [...] [caso de variación social] porque toca un poco en la pronunciación de la *v* vocal; pero tan poco que no hace syllaba de por sí, y así esta palabra *vevetl*, que significa atabal y tamboril, es de dos syllabas y no de cuatro, y para que no se pronuncie esta *v*, consonante como en castellano, se le suele anteponer una *h*, como *huehuetl* [...].

[la *h*] antepuesta a la *u*, no la aspira [...] sino sólo cuando al fin [de palabras] se pospone [la *h*] a la *u*, como *auh*, *iniuh*, *nauh* [...].

[la *tz* /ç/] es de más fuerte pronunciación [que la *z*], corresponde a la letra hebrea llamada tsade, escríbese en esta lengua con *t* y *z*, como *nitzatzi*, yo grito [...].

[la *l*] cuando en mexicano se hallaren dos *ll* se han de pronunciar como en latín, villa, *vellus*, verbi gratia, *milli*, sementera [...].

[la *n*] tampoco se pronuncia antes de la *x* [cambio morfofonémico] sino que la *x* se pronuncia con más fuerza como si fueran dos, verbi gratia, en lugar de decir *matiquinxox*, dice *matiquixxox*, no los ajes, no los enhechices. La misma *m*, antepuesta a la *v* consonante, apenas se siente si la hay, como en *nomonhuan*, mis yernos.

*Vocales.*³⁶ Afirma la existencia de cinco fonemas vocálicos (más adelante hará distingos en sus longitudes), pero precisa “usan del *o* algunas veces tan cerrada y obscura que tira algo a la pronunciación de la *u* vocal, pero no deja de ser *o* y así no tengo por acertado escribir *teutl* sino *teotl* [...]. Lo mismo digo de otros muchos vocablos que en el vocabulario se escriben con *o* y *u* y es más acertado escribirlos con *o*”.³⁷

Mucho más original, que lo expuesto por Carochi sobre “las letras”, es su análisis “de los accents”. He aquí en resumen lo que presenta.³⁸

Nota primeramente que hay sílabas breves y largas.

Hay dos géneros de “saltillo”: el propiamente dicho que cae sobre una vocal y forma parte de una sílaba a la que sigue otra sílaba o dicción. Este “se pronuncia como salto o singulto o reparo y suspensión” [cierre glotal], v.g. *tàtli*, padre, *pàtli*, medicina...³⁹

³⁶ Habla de las vocales en *op. cit.*, p. 1v-2r.

³⁷ De forma parecida se expresa Olmos, *op. cit.*, p. 198.

³⁸ *Ibid.*, p. 2r.

³⁹ *Loc. cit.*

“Saltillo final”: el que va con la vocal final de los plurales de nombre y verbos, de los pretéritos perfectos y de los sufijos de posesión en *-huâ*, *-ê*, *-ô*. Ocurre si no sigue otra sílaba o dicción y se oye “como quien va a pronunciar la aspiración *h* [...]”.

Para representar las sílabas breves se emplea el acento agudo (´), aunque “se dejará algunas veces y habrá más cuenta con el accento largo y con el saltillo”.⁴⁰

Para representar las sílabas largas se emplea una rayita (¨).

Para representar el “saltillo final” se emplea el acento circunflejo (^).

Para representar el “saltillo no-final” se emplea el acento grave (`).

Después de estas descripciones, precisa el siguiente punto complementario:

Las demás vocales finales, de nombres y verbos singulares y de otras partes de la oración, se pronuncian de ordinario tan breves cuando terminan el periodo [...] que a penas se tocan, cuando se dejan.

Pero si no terminan la oración, sino que se le sigue otra dicción o dicciones, se pronuncian como las vocales de la lengua castellana [...].⁴¹

Menos sistemático se muestra Carochi cuando trata de precisar cuáles son (y en qué circunstancias ocurren) las sílabas largas o breves. De los varios lugares en que trata de esto, citaré una muestra. Al tratar de los verbos pasivos e impersonales, da “como regla que tiene excepciones”, la de que:

[...] la penúltima syllaba del passivo es breve cuando la antepenúltima que la precede es larga o tiene dos consonantes, como del verbo *icnēlia*, hacer el bien a otro, y de su futuro *icnēliz* sale el pasivo *icnēlilo*, cuya penúltima *li* es breve, porque *ne*, antepenúltima, es larga [...].⁴²

Por otra parte, tratando de los verbos frecuentativos y de los que doblan la primera sílaba, entra en otras precisiones que tocan al saltillo y a la longitud de las sílabas.⁴³ Finalmente —ateniéndome a la requerida brevedad— diré que, como lo había hecho ya el padre Rincón, también el padre Horacio ofrece su lista “De dicciones que mudan la significación, solamente por la variedad del accento”⁴⁴ (entendido este vocablo según se ha comentado).

⁴⁰ Olmos, *op. cit.*, p. 2r.

⁴¹ *Loc. cit.*

⁴² Carochi. *op. cit.*, p. 34v.

⁴³ *Ibid.*, p. 70v-73r.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 126v-129r.



Interesante es que, después del “Índice de erratas” y del “Índice de los libros, capítulos y párrafos”, haya añadido nuestro autor otro “Índice de las reglas generales de la syllaba”. En él, como en un sumario, recoge “lo que ha puesto en el discurso del Arte” sobre este tema, perteneciente a lo que hoy llamamos fonología, que tanto debió importarle. A ese “Índice” —páginas 132r y v— de este libro, remito a los interesados.

El ejemplo puesto por Carochi en esta materia influyó sobre varios de los estudiosos del náhuatl, autores también de otras artes. Si bien no todos siguieron a la letra lo expuesto por él, es perceptible que, de un modo o de otro, lo tomaron en cuenta. Tal es el caso de fray Agustín de Vetancurt, que dedicó el libro v de su *Arte* al tema “De la cantidad de las sílabas y número de los accentos”.⁴⁵

Algo parecido puede decirse respecto del trabajo del agustino fray Manuel Pérez quien también da cabida a un brevísimo libro v, “De las cantidades”. Haciendo allí referencia a los tres autores que antes de él habían hablado de esto —Rincón, Carochi y Vetancurt— nota entre otras cosas lo siguiente:

Toda cantidad en el mexicano se debe reducir a larga o breve. Autor mexicano hay que pone cinco cantidades (perdónesele la confusión, aunque sea curiosidad). El que menos pone son tres, y su conocimiento confiesa el padre Carochi en su doctísimo Arte que es más que difícil porque es casi imposible. En mi experiencia sólo hay largas y breves, con que no me detendré en explicar las otras [...]. Dichas sílabas largas las nota el reverendo padre Vetancurt en su libro v, en donde con otros términos nos dice lo mismo que yo [...].⁴⁶

Desentendiéndose del “saltillo” en cuanto cierre glotal o en cuanto fricativa, se limita así fray Manuel Pérez a aprovechar sólo una parte de lo que había expuesto Carochi, de quien dice fue autor de un “doctísimo arte”.

A diferencia de otros autores del siglo XVIII, como fray Joseph de Carranza, fray Francisco Ávila y Carlos de Tapia Zenteno, a los que no interesó el asunto de las cantidades y los acentos, Joseph Agustín de Al-

⁴⁵ Fray Agustín de Vetancurt, *Arte de la lengua mexicana*, en México, por Francisco Rodríguez Lupercio, 1673. Reimpresión: México, Imprenta del Museo Nacional, 1901, p. 602-606.

⁴⁶ Fray Manuel Pérez, *Arte de el idioma mexicano*, en México, por Francisco de Rivera Calderón, 1713, p. 76-77.

dama y Guevara, “presbítero del arzobispado de México”, manifiesta en su prólogo que ha tomado en cuenta sobre todo la gramática de Carochi. Por tal razón puede darse el lujo de ponderar lo que él mismo saca a luz:

No me culpes que tanto lo alabe porque bien lo merece; y no tengo en él más parte que el haberlo abreviado un poco y mudado algunas doctrinas de un lugar a otro; pero dicha obra se le debe únicamente al padre Horacio Carochi.⁴⁷

Aldama y Guevara, en su obra en verdad digna de mérito, dedica cierto espacio al tema de la cantidad y los acentos. De lo que allí presenta cabe decir que esclarece en varios puntos lo que en el *Arte* de Carochi podría dar lugar a un mal entendido. Entre otras cosas se vale de dos vocablos “saltillo y salto” para indicar con el último término “lo que otros llaman saltillo final”. Por lo demás emplea de manera constante un sistema de acentos muy semejantes al de Carochi, con la única diferencia de que, en vez de la rayita para indicar las sílabas largas, emplea, quizás por razones tipográficas, el acento agudo.

Parecerá casi redundancia proseguir la lista de los que se vieron influidos por Carochi citando el *Compendio del arte de la lengua mexicana*, dispuesto por el padre Ignacio de Paredes, a modo de resumen de la obra del padre Horacio. Obvio es que, si dicha publicación fue un compendio del *Arte* de Carochi, mantuviera la doctrina de éste, en materia de “acentos” y en otros muchos puntos.⁴⁸

La serie de los autores del periodo novohispano que de algún modo siguieron en esto a Carochi se cierra con los nombres de Francisco Xavier Clavigero y Rafael Sandoval. El primero redactó unas *Reglas de la lengua mexicana* con un vocabulario que permanecieron por largo tiempo inéditos.⁴⁹ En dicho trabajo incluyó un párrafo, el número 28, que dedicó a

⁴⁷ Joseph Augustín de Aldama y Guevara, *Arte de la lengua mexicana*, México, en la Imprenta Nueva de la Biblioteca Mexicana, 1754 (páginas preliminares).

⁴⁸ Ignacio de Paredes, *Compendio del arte de la lengua mexicana del padre Horacio Carochi de la Compañía de Jesús*, en México, en la Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1759. En este compendio dedica Paredes, al igual que en la obra de Carochi, el capítulo I, del libro primero, al tema de la pronunciación y los acentos. También, al igual que Carochi, el último capítulo del libro quinto versa sobre semejante tema.

⁴⁹ No fue sino hasta 1974 en que Arthur J. O. Anderson sacó a luz dicho trabajo que se conservaba inédito en la Biblioteca del Archigimnasio de Bolonia, Italia: Francisco Xavier Clavigero, *Reglas de la lengua mexicana con un vocabulario*, prefacio de Miguel León-Portilla, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1974.



la “Prosodia”. Allí resume en parte la doctrina de Carochi, apoyado quizás en el *Compendio* de Paredes. De hecho, a lo largo del texto de sus *Reglas*, emplea el acento circunflejo para indicar los saltillos finales y el grave para los saltillos a los que sigue otra sílaba o dicción. Clavigero no registra las sílabas largas, aunque da unas reglas para su identificación.

El bachiller Rafael Sandoval, cura de varios pueblos, que llegó a ser catedrático de la Real y Pontificia Universidad y del Seminario de México, en el sencillo *Arte* que publicó dedica poco menos de dos páginas al tema de las “cantidades de las sílabas”. Sin hacer distinción expresa entre saltillo “final” y “no final”, da algunas indicaciones respecto de las sílabas largas y añade que “su nota es (´), la que se ha omitido por faltar en la imprenta”.⁵⁰ De lo dicho se desprende que la influencia que ejerció Carochi en esta materia fue relativamente amplia. No debe pensarse por ello, sin embargo, que los finos análisis fonológicos del padre Horacio pasaron a convertirse en requerido punto de partida para todos los interesados en un conocimiento más adecuado de esta lengua. Hasta nuestros días ha perdurado una mezcla de temor y desdén ante las que se tienen como sutilezas innecesarias. Una muestra de esa actitud la encontramos en otro *Arte*, aparecido casi medio siglo después de que se publicó la obra de Carochi. Me refiero al *Arte de la lengua mexicana* de fray Juan Guerra, que paladinamente manifiesta:

En el quinto [libro] se había de tratar de la cantidad de las syllabas y sus accentos; ni trataré dello porque será obscurecer a los principiantes la claridad de este arte y ofuscarles los entendimientos con el accento grave, el accento agudo y el accento circunflejo o de saltillo, y más si no han estudiado syllabas [...].⁵¹

Como si fueran eco de lo pronunciado por fray Juan Guerra, los autores de otras gramáticas de tiempos posteriores, a lo largo del siglo XIX y en el XX, casi hasta nuestros días, tampoco han concedido mayor atención a lo que quizás sigan considerando como ocasión de obscurecer la claridad que se dice es atributo del náhuatl. Excepciones

⁵⁰ Rafael Sandoval, *Arte de la lengua mexicana*, México, Oficina de Antonio Valdés, 1810; reimpresión: México, Tipografía La Reproducción, 1888, p. 61. Existe una edición anotada de esta obra publicada por Alfredo López Austin en *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. V, México, 1965, p. 221-216.

⁵¹ Fray Juan Guerra, *Arte de la lengua mexicana*, México, Viuda de Francisco Rodríguez Lupericio, 1692; reimpresión con un prólogo de Alberto Santoscoy, Guadalajara, Imprenta Ancira, 1900, p. 8.

muy dignas de mención son las aportaciones de J. Richard Andrews, que indica las sílabas largas por medio de la consabida rayita, y los saltillos (sin hacer distingos) valiéndose de una *h*,⁵² y asimismo Michel Launey quien sigue puntualmente el sistema de acentos empleado por Carochi.⁵³ Debe hacerse también referencia al trabajo preparado e impreso mimeográficamente por Una Canger bajo el título de *Diccionario de vocablos aztecas contenidos en el Arte de la Lengua Mexicana de Horacio Carochi*, Copenhagen, 1976. Y cabe adelantar que, precisamente apoyada asimismo en buena parte en lo que registró Carochi, Frances Karttunen está por sacar un nuevo diccionario del náhuatl en el que también marca la longitud de las sílabas y los saltillos.

Morfología y sintaxis

De propósito he incluido en el título de este apartado dos tan amplios y complejos conceptos —los de morfología y sintaxis— para destacar, a la luz de ellos, diversos aspectos de lo que describe Carochi en su *Arte*. En cierto sentido puede pensarse que, además de la aportación fonológica y la riqueza de la documentación que sirve de apoyo a sus análisis y descripciones, esta gramática, como las otras aparecidas en el periodo novohispano, se reduce fundamentalmente a un acercamiento a la morfología del náhuatl. Y, a pesar de haberse subrayado que son muchas las novedades en este *Arte*, no por ello dejará de tenerse como algo obvio que, incluso en el estudio de la morfología, tampoco rebasa los criterios tradicionales derivados de la *Gramática* de Nebrija.

Mi intención es poner de relieve algunos puntos para una mejor valoración de las descripciones morfológicas de Carochi y asimismo de lo que en ellas cabe percibir en relación con la sintaxis del náhuatl. Respecto de esto último volveré a citar la afirmación, que se antoja desconcertante, hecha por Carochi en sus palabras “Al lector”. Dice allí que: “En el cuarto [libro], en lugar de sintaxi (que esta lengua no la tiene), se pone el modo con que algunos vocablos se componen [...]”.⁵⁴

⁵² J. Richard Andrews, *Introduction to Classical Nahuatl*, Austin, University of Texas Press, 1975.

⁵³ Michel Launey, *Introduction à la langue et à la littérature aztèques*, tome I: Grammaire, Paris, L'Harmattan, 1979.

⁵⁴ Carochi, *op. cit.*, p. 9v.



Extraña cosa resulta que el tan sapiente padre Horacio niegue a esta lengua el tener una sintaxis. Pensando en esto mismo el ya citado fray Manuel Pérez, después de aludir en su *Arte* al padre Carochi a propósito de los adverbios, da principio al libro IV que intitula “De las composiciones de las partes de la oración”, y expresa luego estas palabras:

Ningún idioma puede carecer de sintaxis o construcción, y consiguientemente de composición de partes unas con otras. El mexicano la tiene a veces llana, a veces enérgica, que es lo que llaman colocación. Y constando, como hemos visto, de las ocho partes de la oración, es forzoso, y lo más necesario, ver su composición.⁵⁵

Ante esta argumentación tan pertinente de fray Manuel Pérez, sólo puede pensarse que Carochi negó la existencia de una sintaxis en náhuatl teniendo a la vista lo que expresó Nebrija en el capítulo I del libro IV de su *Gramática*, en el que trata de la sintaxis. Señala allí éste en qué formas ocurre la sintaxis, “orden o ayuntamiento de partes”, en el caso de la lengua castellana. Por una parte muestra que ello se presenta en la “concordia y concierto entre un nombre con otro”.⁵⁶

Esta concordia acontece en género, número y caso. Frente a esa forma de requerida concordia, bien pudo pensar Carochi que en náhuatl, al no haber ni géneros ni casos, y en lo que toca a algunos vocablos que funcionan como adjetivos, tampoco número, la principal forma de ayuntamiento era la de composición. Y recordemos aquí que justamente afirmó que substituyó el libro de la sintaxis por el estudio “De la composición de nombres y verbos y de otras cosas”.

La segunda “concordia” —según Nebrija— es “del nominativo con el verbo, porque han de concertar en número y persona”.⁵⁷ Aquí también debió pensar Carochi que en náhuatl existen prefijos que entran en composición con los verbos para connotar los pronombres tanto de sujeto como de objeto. Además tuvo presente que también en dicha lengua es frecuente que los nombres se compongan con los verbos.

Finalmente “la tercera concordia” —dice Nebrija— “es del relativo con el antecedente porque han de concertar en género, número y

⁵⁵ Fray Manuel Pérez, *op. cit.*, p. 67-68.

⁵⁶ Nebrija, *op. cit.*, p. 88.

⁵⁷ Nebrija, *loc. cit.*

persona”.⁵⁸ Ahora bien, la función del relativo en náhuatl se lleva a cabo principalmente por medio de la partícula *in*, que no incluye connotaciones ni de género ni de número ni de persona. Es este otro argumento que pudo haber esgrimido el padre Horacio en defensa de su negación de sintaxis en la lengua mexicana.

Los otros puntos que son objeto de la consideración de Nebrija en ese mismo libro se refieren al “orden de las partes de la oración” y a las construcciones de los verbos o de los nombres “después de sí”. Como en todo ello los sistemas de afijos y la composición son “los sustitutos” que permiten el funcionamiento del náhuatl, Carochi debió reafirmarse en su aserto de no haber sintaxis en la lengua de los antiguos mexicanos.

No obstante lo anterior, y como vamos a verlo, en sus análisis y descripciones morfológicas penetró Carochi en el terreno de lo que cabe llamar morfo-sintaxis. Además, al ocuparse en el libro v de los adverbios y conjunciones, que considera son como “los nervios” que hacen posible la complejidad de la expresión, se introduce de hecho en análisis sintácticos de oraciones compuestas, independientes o subordinadas, relativas y de otras formas.

Para enmarcar esta apreciación del que llamaré estudio de morfo-sintaxis llevado a cabo por Carochi, tomaré en cuenta una importante distinción de la que habla Dwight Bolinger. Tratando de los niveles de la estructura lingüística, distingue dos clases fundamentales de morfemas: los morfemas que son “fuente” de la materia prima que da origen al léxico de una lengua, y los morfemas que llama “de sistema”, que señalan relaciones dentro del lenguaje y ponen en funcionamiento a los morfemas-fuente, raíces primarias y sus derivadas.⁵⁹

Los morfemas-fuente o raíces, en determinadas lenguas reciben afijos que les confieren un carácter de enunciación sustantiva, pronominal, verbal o adverbial: fundamentalmente de connotación de entidad o acción. A partir de esos morfemas-fuente o raíces puede derivarse en muchas lenguas otro gran conjunto de formas, también meramente enunciativas de entidad o acción, pero más complejas, como por ejemplo, de sentido abstracto, instrumental, abundancial, de acción introversa o extroversa, de acción iterativa, etcétera.

En lo que toca a los morfemas de sistema —los que marcan o señalan relaciones entre las diversas entidades lingüísticas y ponen en función a

⁵⁸ Nebrija, *loc. cit.*

⁵⁹ Dwight Bolinger, *Aspects of Language*, New York, Harcourt, Brace and World, 1968, p. 56-57.

los morfemas-fuente o raíces primarias o derivadas— cabe también introducir otra distinción. Estos morfemas, que establecen relaciones, pueden consistir en diversos tipos de afijos o en partículas independientes. En el caso de los afijos, al adherirse éstos a las formas primarias, derivadas de los morfemas-fuente, dan origen a diversas clases de flexión. En el caso de las partículas, constituyen ellas entidades lingüísticas funcionales que correlacionan las varias partes integrantes de una oración y con frecuencia son asimismo elemento necesario en la estructuración de las oraciones compuestas, relativas, subordinadas y otras.

En el contexto de la frase y la oración simple, tanto los afijos que establecen la flexión como las partículas —en ambos casos morfemas de sistema— desempeñan papeles semejantes, es decir correlacionan, estructuran, hacen posible la expresión. En el ámbito más amplio de las oraciones compuestas, con o sin subordinación, relativas o de cualquier tipo, aunque los afijos marcadores de flexión pueden contribuir a indicar relaciones como las de dependencia, condición, fin, etcétera, de mayor importancia es allí la función de las partículas. Mucha razón tuvo ciertamente Carochi al describirlas como “los nervios” o, según añadió el padre Ignacio de Paredes (autor del *Compendio del Arte* de Carochi, publicado en 1759), “como nervios, ligamentos y tendones en un cuerpo orgánico, que lo traban, ligan, unen y componen [...]”.⁶⁰

Siendo la sintaxis “composición y ordenamiento” de los vocablos en la oración y de las oraciones entre sí, importa sobremanera identificar en cada lengua cuáles son los elementos que en ella funcionan como “operadores” del ordenamiento del sistema y que hacen posible el flujo semántico de la expresión. La distinción introducida entre “morfemas-fuente” y “morfemas de sistema”, estos últimos que ligan y correlacionan, responde a este interés. Con la única excepción del valor sintáctico que puede tener en cada lengua la posición de los vocablos dentro de una oración, fundamentalmente la estructuración de lo que se expresa depende de la función correlacionante de los morfemas de sistema.

En el caso particular del náhuatl clásico —tomando además en cuenta sus amplios recursos de derivación y composición— los morfemas de sistema (afijos y partículas), operando en relación con todo género de derivaciones y de compuestos, propician una especie de *continuum* morfo-sintáctico.

A la luz de estas ideas podrán describirse tal vez mejor algunos puntos sobresalientes en lo que acerca de morfología y sintaxis ofrece

⁶⁰ Paredes, *op. cit.*, p. 153.

este *Arte*. Atenderé, en primer término y en forma paralela, al contenido de los dos primeros libros. De manera general puede decirse que en ellos se describen las raíces temáticas (derivadas de los morfemas-fuente), de carácter nominal, pronominal y verbal.

En lo que concierne a las formaciones nominales o sustantivas, aunque Carochi emplea la palabra “declinación”, asienta expresamente que “el nombre no tiene variación de casos sino números, singular y plural. Ni tienen plural las cosas inanimadas [...]”.⁶¹ En función de las varias formaciones del plural y empleo de sufijos reverenciales, diminutivos o despectivos, establece Carochi distingos en las que llama “primera, segunda, tercera y cuarta declinaciones”. Dado que la introducción de formas honoríficas o reverenciales, diminutivas o despectivas no implica establecer relaciones entre distintas partes de la oración, debe aceptarse que esta primera serie de descripciones se sitúa fuera del ámbito en el que son factores determinantes los morfemas de sistema. Algo semejante puede decirse de las descripciones morfélicas de los pronombres personales “separados”, los interrogativos y otros. Debe notarse que precisamente, al ocuparse de estos “pronombres separados” —es decir no afijados—, concede particular atención a la que considera también a veces como mera partícula *in*, y que describe como demostrativo en el compuesto *inin*, “éste, ésta, esto”; o con *-on*, *inon*, “ése, éssa, ésson”. Percibiendo la importancia estilística, morfológica y sintáctica de *in*, expresa:

Esta partícula *in* es frecuentísima en esta lengua; algunas veces parece que no sirve sino de ornato. Pero lo ordinario es que sea artículo singular y plural como *in calli*, la casa, *in p̄ipiltotōntin*, los muchachos. Otras veces es relativo como *qui, quae, quod* [el que, la que, lo que], en singular y plural, como *quin motlaçõtília in totēcuiyo Dios in qualtin tlaçà in quimotlayecoltiliâ; ama Dios a los buenos hombres que le sirve. El primero in, es artículo y el segundo es relativo [...].*⁶²

La referencia al carácter de pronombre relativo empleado, como en el ejemplo aducido, para estructurar una oración compuesta, con una cláusula relativa, deja ver que lo sintáctico —aún cuando Carochi pensó que podía prescindir de ello— aparece por necesidad en su obra.

Concede el autor una significación particular, entre los mismos capítulos que integran el libro primero, a las descripciones que hace de “los

⁶¹ Carochi, *op. cit.*, p. 3v.

⁶² *Ibid.*, p. 16r.



semipronombres⁶³ que se componen con nombres” (capítulo IV, párrafo 1), de “los mismos semipronombres con unos como adverbios” (capítulo IV, párrafo 2), de “los semipronombres de los verbos intransitivos, transitivos y reflexivos” capítulo IV, párrafo 3, 4 y 5), así como de “las preposiciones que se componen con semipronombres y nombres” (capítulo VI). En realidad el análisis de todos estos géneros de “semipronombres” muestra que se trata precisamente de los morfemas de sistema que permiten la correlación de los nombres con toda suerte de personas, objetos y circunstancias como las de tiempo y espacio.

Más aún, adelantándose a la descripción del verbo, al tener que considerar los semipronombres que, como prefijos, indican sujeto y objeto o referencias indefinidas *tē-* (“a alguien” o “a algunos”) *tla-* (“algo, algunas cosas”), inicia de hecho el estudio de los morfemas de sistema que entran en la estructuración de las oraciones con la presencia del verbo. En tal sentido ya en el primer libro el *continuum* morfo-sintáctico del náhuatl es objeto de pormenorizada descripción. Si ha mostrado las características morfélicas de “fuente”, propias de los sustantivos, por ejemplo el aparecer en estado absoluto con sus sufijos nominales de singular y plural, y ha hecho otro tanto en el caso de los pronombres, también ha enfatizado y analizado las capacidades de correlación propias de los “semipronombres”. Estos —en sus diversas formas de composición, incluso con partículas— abren a los sustantivos una gama de posibles formas de funcionamiento en la oración. De especial interés resulta lo que nota Carochi a propósito de los semipronombres o prefijos prenominales *ni-*, *ti-*, *ti-*, *an-*, a los que describe asimismo: “como agentes y conjugativos”, puesto que:

[...] con ellos se suple el verbo sustantivo *sum* [“soy”, ser], componiéndolos con los nombres; sirva de ejemplo el adjetivo *qualli*, bueno: singular, *niqualli*, yo soy bueno, *tiqualli*, tú eres bueno, *tiqualtin*, somos buenos [...] *tinopiltzin*, tú eres mi hijo [...].⁶⁴

La misma idea —de que, empleando estos semipronombres, incluso en otros casos, pueden estructurarse oraciones copulativas sin verbo—

⁶³ Define así a los semipronombres: “a los que siempre se componen con nombres, preposiciones, adverbios y verbos y corresponden a los que en el arte de la lengua hebrea se llaman *affijos*, aunque los *affijos* hebreos se posponen a los nombres y verbos y estos semipronombres se anteponen” (*Arte...*, p. 10r).

⁶⁴ Carochi, *op. cit.*, p. 14v.



la reitera Carochi al ocuparse del verbo irregular *câ*, “él es”.⁶⁵ Ángel Ma. Garibay en su *Llave del náhuatl* sintetiza así este punto. La oración puede ser “predicativa nominal”:

Está constituida por dos nombres unidos sin cópula expresa, indicando a veces la dependencia el posesivo. Es muy propia expresión del náhuatl... *Nacatl in itlacual quauhtli*, “la carne es el alimento del águila”; literalmente “carne su alimento, el águila...”.

Otro sistema de frases nominales [oraciones sin verbo expreso) es el constituido por la adición de los prefijos personales... *niteuctli*, “soy señor...”, *ca ye nihuehue*, “por cierto que estoy viejo...”.⁶⁶

Pienso que no será impertinente añadir que también Stanley Newman en su estudio descriptivo de la estructura del náhuatl clásico destaca el frecuente uso de oraciones sin verbo, aduciendo, por cierto sin citar a Garibay, el mismo ejemplo de la carne como alimento del águila.⁶⁷

Tratando ya del verbo en el segundo libro, continúa el proceso descriptivo de modo muy semejante. En el primer capítulo, “De algunas advertencias acerca de las conjugaciones”, retoma lo expuesto acerca de esos “afijos pronominales” *tē-*, *tlā-*, *qui-* y *quin-*, que señalan el término de la acción refiriéndola a alguien o a algo, o indicando por medio de *qui-* o *quin-*, que ese término está expresado explícitamente en la oración por medio de un sustantivo al que así se hace señalamiento. De este modo en el libro segundo, antes de incluir las descripciones de las diversas formas de conjugación, reitera el padre Horacio cuáles son y cómo funcionan los morfemas de sistema que ponen en juego a los verbos dentro de la oración.

No me detendré en todo lo que reúne Carochi sobre los esquemas de la conjugación o acerca de la que llama “conjugación gerundiva” (de acción introversa o extroversa), o de la formación de los pretéritos, tan minucioso y claro como es habitual en él. Sus descripciones en esta materia y también a propósito de la estructuración de los verbos impersonales, irregulares y defectivos son ejemplos de adecuada exposición morfológica en la que puntualiza cuáles son las correspondientes formas de flexión e incluso muestra las relaciones que existen entre los distintos tiempos del verbo.

⁶⁵ Carochi, *op. cit.*, p. 37r.

⁶⁶ Ángel Ma. Garibay K., *Llave del náhuatl*, 2a. ed., México, Editorial Porrúa, 1961, p. 81-82.

⁶⁷ Stanley Newman, “Classical Nahuatl”, *Handbook of Middle American Indians*, Austin, University of Texas Press, 1967, v. 5, p. 197.



Opto, en cambio, por señalar al menos algunos puntos en que la peculiaridad morfo-sintáctica del náhuatl se pone de relieve. Entre ellos están los siguientes: “cómo se usa del verbo pasivo”, puesto que no existe en esta lengua “un caso ablativo” para denotar al agente (capítulo quinto, párrafo 2); “cómo se suplen el infinitivo, los gerundios y los participios” (capítulo 8, párrafo 1), casos en las que diversas formas de composición permiten establecer determinadas relaciones de dependencia u otras formas de vínculo de índole morfo-sintáctica.

Obligado por la necesaria brevedad de esta introducción, diré como en resumen, a propósito del contenido de los dos primeros libros del *Arte*, que en ellos describe su autor aspectos que tocan a la morfo-sintaxis de nombres, pronombres y verbos. Desde el punto de vista morfológico ofrece un cuadro bastante completo de las características de estas partes de la oración, indicando sus flexiones de número, persona, tiempo, modo y voz, así como las pocas irregularidades que en esto ocurren. Asuntos que merecen especial mención son sus análisis de las formaciones locativas, incluyendo topónimos (libro I, capítulo VI) y su exposición normativa, puesto que escribe para enseñar, de la formación de los pretéritos (libro II, capítulo IV).

Asimismo, yendo más allá de lo meramente morfémico, describe a la vez los que hemos llamado morfemas de sistema que hacen posible el funcionamiento de estas tres partes fundamentales de la oración: nombre, pronombre y verbo. Acreedoras de un comentario son, por ejemplo, las exposiciones que formula Carochi de cómo los semipronombres funcionan con “unos como adverbios”, dando lugar a partículas de gran versatilidad morfo-sintáctica (libro I, capítulo IV), y cómo se produce la interrelación de determinadas partículas para estructurar oraciones simples y compuestas con imperativo, optativo, vetativo o en general diversos tiempos del subjuntivo (libro II, capítulo II).

Conviene ya notar que da entrada también, a lo largo de estos dos primeros libros, a algunos puntos relacionados con la derivación y la composición, como al tratar del modo como se suple el infinitivo. Sin embargo, en cuanto atributos tan característicos del náhuatl, sus grandes potencialidades de derivación y composición constituyen los temas de otros dos libros, el tercero y cuarto del *Arte*.

Quien desee un resumen de lo más sobresaliente de lo incluido por Carochi acerca de la sintaxis nahua, sobre todo en los dos primeros libros aquí comentados, puede consultar el apartado 27 de las *Reglas de la lengua mexicana* de Clavigero. Éste, con su proverbial lucidez, reúne, de lo expuesto por el padre Horacio y resumido por Paredes, una serie de puntos que presenta bajo el rubro de “Sintaxis”. Confirma así que en

el penetrante acercamiento de Carochi a esta lengua lo morfémico y lo sintáctico constituyen un *continuum*, e integran una especie de morfo-sintaxis.

Esto mismo —aunque de modo distinto— habrá de observarse al valorar el contenido de los libros acerca de la derivación y de la composición “de nombres, verbos y otras cosas”.

Derivación y composición

Distribuye nuestro autor el libro tercero en cuatro secciones, cada una de las cuales abarca un distinto número de capítulos:

- a. Nombres “verbales”, derivados de verbos.
- b. Nombres derivados de otros nombres.
- c. Verbos derivados de nombres.
- d. Verbos derivados de verbos.

A primera vista podría pensarse que todos o la mayor parte de los derivados en náhuatl deben tenerse como estructurados meramente de “morfemas-fuente”, en cuanto que son vocablos que se forman a partir de una raíz nominal o verbal a la que se adhieren afijos que le confieren otra connotación específica, pero siempre de índole estrictamente léxica. Así, por ejemplo, como lo ilustra Carochi, de “*cochi*, dormir”, se deriva *cochini*, “el que duerme...”. En éste y en otros muchos derivados no hay elemento que indique cuál es la función de dicho vocablo (por ejemplo, de sujeto o complemento) en el contexto de una expresión.

Sin embargo, un examen más cuidadoso del gran conjunto de los diversos géneros de derivados en náhuatl revela que la mayor parte de éstos incluyen los indicadores de función, es decir uno o varios “morfemas de sistema”. La razón de ello es que en las posibles derivaciones hay un número muy elevado de nombres verbales que conservan los afijos que denotan término u objeto de la acción, *tē-*, *tla-* o *ne-*, este último de sentido impersonal. Además, en las derivaciones de verbos a partir de nombres o de otros verbos, las distintas formas de flexión y la posibilidad de convertir en transitivos en *-tia* a los acabados en *-ti*, o más generalmente en *-a* a los terminados en *-i*, da amplia entrada a los “morfemas de sistema” que encauzan el funcionamiento de todos estos derivados.

No excluye lo anterior que existan derivados —diversos nombres a partir de otros nombres— que se presentan como estructurados tan



sólo con “morfemas-fuente”, con variadas denotaciones meramente léxicas. Pero lo que por encima de todo se desprende es que el carácter funcional propio de las distintas flexiones del verbo, transmitido a gran parte de los nombres verbales, confiere a un elevado porcentaje del vocabulario náhuatl rasgos de entidades operacionales que implican acción y diversas formas de relación.

Esto es lo que, como en suma, cabe derivar de las pormenorizadas descripciones que hace Carochi de nombres verbales. Algunos ejemplos, tomados todos del libro tercero de su *Arte*, son los siguientes: los terminados en *-ni* (que connotan agente: *tē-mictiā-ni*, “el que aporrea o mata a alguno”); en *-ōni* (especie de “adjetivos” o “participios”, *tlazōtla-lōni*, “amable”, “digno de ser amado”); en *-tli* o *-li* (resultado de acción: *tla-téc-tli*, “cosa cortada”; *tē-machtīl-li*, “lo que se enseña a alguien”, “plática, sermón”); en *-liztli*, “el acto de...” y, a veces “el resultado de la acción...”: *tlā-tlauhti-liztli*, “acción de rogar”, “oración”; *tlā-cuilōliztli*, “pintura”; en *-ōca*, “pasivo, el término de la acción”; *noneltocō-ca*, “la fe con que me creen”; en *-ya*, “que significan instrumento”: *no-tlachia-ya*, “mi vista, mi potencia visiva...”.

Caso diferente son —como ya se dijo— muchos de “los nombres derivados de nombres”, como los que reciben los sufijos *-yōtl* (abstracto o colectivo, como *teōyōtl*, “el ser de Dios, la deidad”); *-ō* (“adjetivos y significan cosa que tiene en sí lo que significa el nombre primitivo, como *teuhyō*, cosa polvorienta”);⁶⁸ en *-huâ* o en *-ê*, (que “significan dueño y poseedor de la cosa que significa el nombre primitivo...”: *ilhuica-huâ*, señor del cielo, *tlālticpaqu-ê*, “señor de la tierra”)⁶⁹ y los de “los moradores de pueblos” o gentilicios, acerca de los cuales proporciona Carochi las reglas que norman su derivación.⁷⁰ De manera general puede decirse de la mayoría de estas derivaciones que, más que denotar diversas formas de interrelación morfo-sintáctica, constituyen únicamente elementos léxicos de temática distinta.

Pero, una vez más, la perspicacia analítica de Carochi lo lleva ya a descubrir que entre los anteriores derivados hay algunos, como los terminados en *-ō* (que significan la cosa que tiene en sí lo expresado por el nombre primitivo), que son base para derivar nuevas formas de verbos activos o reflexivos, añadiéndoles el sufijo *-tia*: *ni-tē-tēnyō-tia*, “yo doy renombre (*tenyō*) a otro”.⁷¹

⁶⁸ Carochi, *op. cit.*, p. 54.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 55r.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 56r-56v.

⁷¹ *Ibid.*, p. 54v.

Prosiguiendo sus análisis de las enormes potencialidades derivacionales del náhuatl, atiende luego a “los verbos que se derivan de nombres”. Muestra allí cómo los que reciben el sufijo *-ti* son verbos incoativos y “significan hacerse y convertirse en aquello que significa el verbo de que se derivan”,⁷² y cómo los que adquieren *-tia* o *-huia* son “activos”, es decir transitivos. Así lo ilustran estos ejemplos: de *īxpopoyotl*, el ciego, *īxpopoyō-ti*, “cegarse” (perder la vista); de *calli*, la casa, *nitēcal-tia*, hago la casa para alguno.

Finalmente trata Carochi de la amplia variedad de derivaciones de modos o formas de verbos a partir de otros verbos. Atiende así a los que llama “verbos compulsivos, aplicativos, reverenciales y frecuentativos”.⁷³ Por la querida brevedad tan sólo destacaré la gran significación que concede a los reverenciales. De ellos dice:

Tiene consigo esta lengua mexicana una cosa que la realza mucho, y en que lleva mucha ventaja aun a las lenguas de Europa, y es que, no solamente los nombres, pronombres, preposiciones y muchos adverbios se hacen reverenciales..., sino también los verbos con sólo alterar y mudar un poco sus raíces [...].⁷⁴

Las páginas que dedica luego a mostrar cómo se estructuran y funcionan estos verbos —enriquecidas con muchos ejemplos, algunos de la literatura de tradición prehispánica— constituyen el mejor tratado en esta materia.

Ocurre algo muy parecido en los capítulos —menos numerosos que los tocantes a la derivación— que integran el libro cuarto, “De la composición de nombres y verbos y otras cosas”. Así, una de las primeras preocupaciones de Carochi en dicho libro es mostrar tanto la frecuencia de este procedimiento morfémico en náhuatl como el valor sintáctico de cada uno de los elementos que entran en composición. Es, nos dice: “[...] el uso de los vocablos compuestos muy frecuente; porque los nombres compuestos con otros sirven de genitivos y equivalen a los epítetos de la lengua latina y hacen el estilo más suave y sonoro [...]”.⁷⁵

Acto continuo pasa a describir los procedimientos de composición. Nota en primer lugar cómo se estructura un nombre con otro:

⁷² Carochi, *op. cit.*, p. 56r-56v.

⁷³ Abarcan estos temas los capítulos 13 al 17 del libro tercero.

⁷⁴ Carochi, *op. cit.*, p. 66r.

⁷⁵ Carochi, *op. cit.*, p. 75v.



Digo, pues, que el nombre que, componiéndose con otro que precede, pierde siempre su final [su sufijo nominal] y sirve de genitivo o de nombre adjetivo aunque sea sustantivo [...] *verbi gratia* [...] de *teōtl* y *tlàtōlli* se compone éste *teōtlàtōlli*, palabras de Dios o divinas [...].⁷⁶

Otra muestra cita de un compuesto que “usaba el padre Juan de Tovar de nuestra Compañía, eminente en esta lengua: *tlāca-tzīntiliz-tlàtlacōlli*, ‘ruptura-original-humana’, que significa pecado original”.⁷⁷

Pasando a otros géneros de compuestos, menciona los de nombre con verbo —en los que puede suceder que el nombre funcione como objeto o paciente del verbo—, por ejemplo *nixōchi-pēpena*, “yo-flores-escojo”, o que el verbo tuviere otro paciente fuera del compuesto, como en el ejemplo que ofrece tomado de los cantares de los antiguos mexicanos: *nixōchitē-moa cuīcatl*, “yo busco cantares como flores”.

La serie de posibilidades de relación semántica —según lo expone Carochi— incluye casos en los que el nombre compuesto connota una parte tan sólo del objeto o paciente en que recae la acción del verbo, o funciona dicho nombre compuesto con verbo pasivo como indicador de semejanza o instrumento, según lo muestran estos ejemplos:

ōquiquechcotōnquè in ichtecqui
cortaron el cuello al ladrón

xōchitēmolo in cuīcatl
se buscan cantares como flores

ōtléhuātzalōc in nacatl
con fuego se asó la carne

La posibilidad de composición de adverbios y otras partículas con nombres y verbos también se ilustra:

nen-tlācatl, hombre sin provecho
n-ilhuiz-tlātoa, hablo sin tiento

Al decir de nuestro autor, en la expresión prehispánica: “Los indios antiguos eran parcos para componer más de dos vocablos; los del día

⁷⁶ *Loc. cit.*

⁷⁷ *Loc. cit.*

de hoy exceden y más si hablan de cosas sagradas, aunque en el lenguaje poético eran también demasiados los antiguos [...]”.⁷⁸

Notando de esta suerte la importancia sintáctica y estilística de las composiciones de vocablos, entra luego el autor en descripciones morfélicas acerca de cómo éstas ocurren. Dedicó así un capítulo a las que llama ligaduras *-cā-* y *-ti-*, empleadas en la composición de un verbo con otro, así como al tema de los compuestos con una serie de verbos que funcionan como elemento complementario de la significación. Entre tales verbos están *mati*, “saber”, *toca*, “seguir o parecer o tener algo poco fundamento”, *nequi*, “querer”, *tlani*, “desear, pedir”.

Interesó también a Carochi proporcionar en este mismo libro otras indicaciones acerca de un asunto que había estudiado ya en el libro primero: el de los nombres que se componen con los semipronombres: *no-*, *mo-*, *i-*..., “mío, tuyo, suyo...”. Finalmente atiende también de manera específica a la composición con la partícula o sufijo *-pô* que implica la idea de igualdad o semejanza. Con dicho “morfema de sistema” pueden estructurarse diversos compuestos, algunos de ellos integrantes de oraciones sin verbos: “¿*Āquin huel ṭpòtzin in Totècuyo Dios?* ¿Quién puede [ser] su igual del señor nuestro Dios?”.

La preocupación del jesuita florentino por abarcar todo lo que es peculiar en esta lengua, lo llevó a incluir en este libro otros dos temas tan sólo en cierto sentido relacionados con el de la composición de vocablos. El primero es el de algunos “mexicanismos o maneras de hablar propias desta lengua”; el otro se refiere a la estructuración de “los comparativos y superlativos”.

A propósito del primero trata de casos particulares de “colocación de las palabras” y del uso “de unos tiempos [del verbo] por otros”. Un caso curioso entre “los mexicanismos”, al que aludiré, es el de la formación de compuestos, empleados sólo por los varones, de lo que pudiera describirse como doble expresión del mismo sujeto:

Cētoquichtin: uno de nosotros varones.

Cēmètèhuāntin: uno de nosotros.

En lo que toca a los comparativos, el paso pleno a la sintaxis es bastante claro. Carochi describe la formación de este género de expresiones diciendo que se estructura por medio de una oración compuesta: “en la una está lo

⁷⁸ Carochi, *op. cit.*, p. 76v.



que se compara y en la otra aquello a que se compara”.⁷⁹ Para el funcionamiento de este tipo de oraciones compuestas se emplean diversas partículas y con gran frecuencia el *in* relativo. De este modo, casi sin sentirlo, ha entrado Carochi en otro género de composiciones de índole fundamentalmente sintáctico. Veamos algunos de los ejemplos que ofrece:

Oc achi nichicāhuac, in àmo mach yuhqui tēhuātl.
Un poco yo fuerte, que no tal vez como tú.

Cencā huèhuēi in imacal in quin òhuāllàquē, in àmo mach iuhqui catcā in imācal in achto òhuāllàquē.
Más grandes sus navíos de los que [ahora] vinieron, que no tal vez como eran sus navíos de los que primero llegaron.

Menos compleja —según la descripción del padre Horacio— es la formación de los superlativos. De hecho estos se expresan gracias al concurso de algunas partículas o adverbios que entran en composición con el vocablo que se desea constituir en un superlativo, o empleando algunos verbos que significan “ser perfecto” o “exceder y aventajar”. He aquí un caso de composición:

In ilhuicac cihuāpillātōani cenquīzca-chipāhuatzintli.
La del cielo señora que gobierna completamente-pura [purísima].

En el siguiente ejemplo el superlativo se forma con el auxilio de un verbo que connota excelencia:

In cépayahuitl tlacempanāhuia inic iztāc.
La nieve sobrepasa [en ser] así blanca.

Cabe concluir, en resumen, que derivación y composición, procesos de grandes potencialidades en náhuatl, son tratados por Carochi en su doble aspecto de fenómenos morfémicos y a la vez de frecuente significación sintáctica. A la luz de esto podría decirse que tuvo cierta razón al decir que sustituía con el estudio de la composición el tratamiento específico de una sintaxis.

⁷⁹ Carochi, *op. cit.*, p. 87r.

El libro sobre adverbios y conjunciones

Sólo resta examinar el último libro de este *Arte*, concebido por su autor para llenar la laguna que a su parecer existía: “He echado siempre de menos—nos dice—en las artes mexicanas que hasta ahora se han impreso, un libro o tratado de adverbios [...]”.⁸⁰

Siendo esta parte de su obra una de las que a juicio suyo reviste mayor novedad, debemos valorar aquí su verdadera significación. Desde un primer punto de vista es este libro de grande interés porque en él se halla el mayor número de textos clásicos que, analizados, se ofrecen como ejemplos. Desde otro ángulo, además de la clasificación y enumeración de los adverbios y conjunciones—sin duda la más completa que puede hallarse en una gramática del periodo colonial—se encuentra también aquí un extraordinario conjunto de análisis morfo-sintácticos de toda suerte de oraciones, en su gran mayoría compuestas.

Reconociendo que en su clasificación y enumeración de adverbios y conjunciones es Carochi menos original de lo que pudiera pensarse—puesto que sigue en parte lo expuesto por autores como Olmos y Molina—debe subrayarse, en cambio, que sus análisis morfo-sintácticos son únicos en el contexto de las gramáticas que de esta lengua se han publicado. No pudiendo detenemos en la valoración de los análisis y descripciones del gran conjunto de oraciones aducidas, en las que entran los diversos géneros de partículas, atenderemos al menos a unos pocos ejemplos de sobresaliente interés.

Me fijo en primer lugar en la forma como procede para ilustrar la significación y el empleo de los adverbios de lugar. En el caso de *oncān*, “de allí, por allí”, ofrece un texto en el que nos dice que este adverbio funciona como “relativo del lugar nombrado antecedentemente, esté lejos o esté cerca, y corresponde en castellano al ‘donde’ no interrogativo”:

Huel qualcān in oncān onicatca, àmoyuhcān in nicān.

Muy buen lugar era, donde yo estaba, no es así éste [aquí].⁸¹

Se trata de una oración compuesta en la que el sujeto es el “semipronombre” *ni-*, “yo”, prefljado al verbo *catcā*. Éste se relaciona con una serie de elementos determinativos por medio del adverbio “relativo de lugar” *in oncān*, “donde”, *huel qualcān* [era] “muy buen lugar”. No hay verbo copulativo en esta cláusula relativa. Finalmente, toda la oración

⁸⁰ Carochi, *op. cit.*, p. 88v.

⁸¹ *Ibid.*, p. 89v.

anterior funciona como término de comparación con respecto a lo que se expresa sobre la situación en otro lugar: *àmo yuhcān in nicān*, “no [es] así éste, aquí”.

Otro ejemplo, en que también el adverbio *oncān* entra en una cláusula relativa, que afecta en este caso el predicado, es el siguiente:

Nochān inon in oncān ticā.

Mi casa [es] ésa en la que tú estás.

La oración principal tampoco lleva verbo como cópula. Su análisis sintáctico, insinuado ya por Carochi al indicar que se trata de una oración relativa, es el siguiente:

Oración compuesta de relativo

S			P		
			claus.		relat.
<i>Nochān</i>		<i>inon</i>	<i>in</i>	<i>oncān</i>	<i>ticā</i>
Mi casa(es)		ésa,	en la que	allá	tú estás

De los otros muchos adverbios de lugar que estudia, atenderemos a *āhuīc*, “a una parte y a otra”. Su propósito es mostrar de qué formas afecta y a la vez articula el adverbio al conjunto de la oración.

In nechca, cā tlahuānqui, āhuīc yāyatiuh, huèhuetzitiuh.

Aquel borracho se anda banbaneando y cayendo.

O más literalmente:

Allá, ése, porque está borracho, a una parte y otra se va yendo, ¡va cayendo!

Como no es una sino varias las partículas que se incluyen en este ejemplo conviene describirlas brevemente. Aquí, como lo notó en párrafo anterior, *in nechca* suple al pronombre demostrativo y significa “aquél, que está acullá”.⁸²

⁸² Carochi, *op. cit.*, p. 93 r.

A su vez *câ* funciona como verbo que establece enfáticamente la relación con aquel que se señala a lo lejos, el *tlahuānqui*, “el que está bebido”. El predicado de esta oración se completa con los dos verbos que se ven afectados por la partícula *àhuic*, “a una parte y a otra”: *yāyàtiuh*, “se va yendo”; *huehuètztiuh*, “va cayendo”.

Pasando ahora a los adverbios temporales cuyo uso en el mecanismo de la oración discute Carochi, comenzaré fijándome en *quin*, de connotaciones difíciles de atrapar pero de frecuente empleo en los textos clásicos. Veamos uno de los ejemplos aducidos:

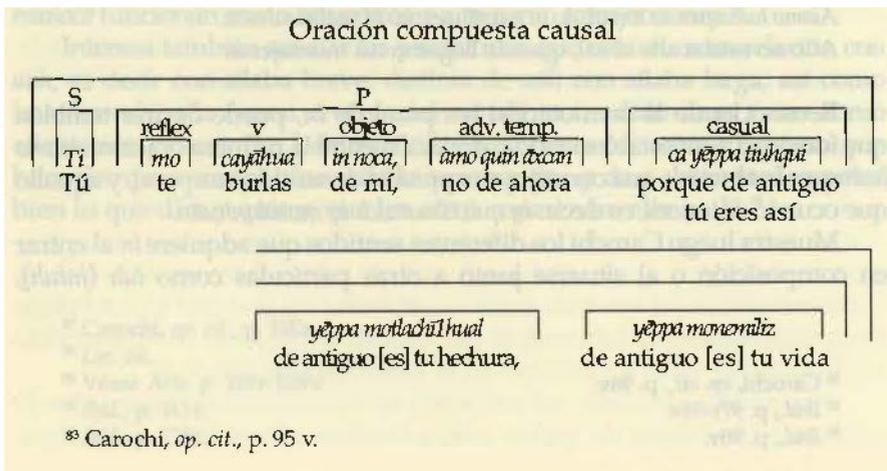
Amo quin āxcan in noca timocayāhua, cayēppa tiuhqui, yēppa motlachīhual, yēppa monemiliz.

No es cosa nueva, ni la primera vez que me haces trampas, es ya maña tuya, lo traes muy de atrás.

Acerca del significado y función de *quin*, nos dice el autor:

Es adverbio muy frecuente en la lengua mexicana y se puede usar hablando de tiempo pasado y de futuro. Cuando se habla de tiempo pasado, denota que ha poco que pasó aquello de que se habla y, cuando de futuro, sirve de excluir el presente y remitir la cosa para otro tiempo [...].⁸³

El ejemplo que se ha citado tiene connotación de tiempo pretérito. En realidad Carochi, más que pretender dar una traducción de *quin*, quiere elucidar su sentido y funcionamiento. Esto se verá mejor a la luz de la sintaxis de esta oración compuesta:



Este texto, en cuya estructura resalta una serie de oraciones paralelas, por medio de las cuales se da la explicación causal de lo que se afirma en la oración principal, puede considerarse como bastante típico de la expresión en náhuatl. Tanto a propósito del empleo del adverbio *quin*, como en otros casos, Carochi no se limita a ofrecer un solo ejemplo. Puesto que su propósito es mostrar el sentido y funcionamiento de dicha partícula, acomete su tarea desde varios ángulos. Así, además de haber descrito también el sentido del otro adverbio, *yēppa*, ofrece en su *Arte* tres textos más, uno de ellos tomado de una relación indígena acerca de la Conquista.

De los otros adverbios de connotación temporal a los que atiende, me fijaré únicamente en las descripciones de interés léxico y morfosintáctico que hace a propósito de *oc*, *in*, y *niman*.

De *oc*, “todavía”, nota que “será fuerza poner muchos ejemplos deste *oc*, para que se entienda”.⁸⁴ La sección que dedica a dicho adverbio constituye un pequeño tratado. Lejos de reducir a una simple traducción las múltiples posibilidades de empleo de este adverbio, solo o acompañado por otros, ocupando lugares distintos en la oración y funcionando también a veces como elemento que se compone sobre todo con verbos, el padre Horacio se acerca a la amplia gama de posibles funciones de este adverbio a través del análisis de textos. En vez de repetir dicho análisis, remitimos a las correspondientes páginas del *Arte*, en esta su reproducción facsimilar.⁸⁵

Al ocuparse de la partícula *in*, comienza por recordar que “suele ser artículo, y tiene otras significaciones, como dije en el primer libro”. Y añade que “sirve también de adverbio de tiempo y, antepuesto al pretérito perfecto, significa ‘cuando o después’”.⁸⁶

De los ejemplos con que ilustra esto, cito el siguiente:

Aiamo huècapan in tōnatiuh, in quiztihuetzicò in motitlanhuān.
Aún no estaba alto el sol, quando llegaron tus mensajeros.

Reconociendo la connotación temporal de *in*, puede decirse también que funciona aquí estableciendo correlación entre la primera oración: *Aiamo huècapan in tōnatiuh*, que constituye expresión de sentido temporal, y aquello que ocurrió entonces, es decir: *in quiztihuetzicò in motitlanhuān*.

Muestra luego Carochi los diferentes sentidos que adquiere *in* al entrar en composición o al situarse junto a otras partículas como *iuh* (*iniuh*),

⁸⁴ Carochi, *op. cit.*, p. 96v.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 97r-98v.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 98v.

yeyuh (*in yeyuh*), *ye* (*inye*). La finura de sus análisis permite apreciar las connotaciones que en tales casos adquiere esta partícula *in*, una de las más complejas en el náhuatl clásico.

El último de los adverbios de sentido temporal en el que me fijaré en este breve comentario es *niman*, “luego, in continenti”. Acerca de él dice Carochi que “si a *niman* se le pospone *ic* o *ye ic*, se expresa más la inmediatez de la acción que precede, y de la que se sigue”.⁸⁷ Otra función registra también: “*niman*, antepuesto a cualquier negación, hace que niegue más”.⁸⁸ Los ejemplos aducidos ilustran adecuadamente esto:

Niman àmo nicnequi.

De ninguna manera las quiero.

Niman aocmo ceppa yuh nicchihuaz.

De ninguna de las maneras volveré a hacer cosa semejante.

Como atractivo paseo lingüístico podría describirse el acercamiento al gran conjunto de exposiciones que hace Carochi de las funciones de los distintos adverbios, como los de espacio y tiempo a los que hemos aludido, y otros muchos, de afirmación, negación, duda, modo, interrogación, etcétera.

Además de los adverbios son también objeto de atención las conjunciones. Entre ellas están *ic*, *inic* (con gran frecuencia empleadas en la expresión náhuatl), *zan* y *za*, que funcionan asimismo como adverbios.⁸⁹ Otro tanto ocurre con diversos géneros de conjunciones, entre ellas las disyuntivas *nozo*, *ànozo*, *nocé* y *ànocé* (formas sincopadas de *nozoyé* y *ànozoyé*), que analiza en diversos contextos, en algunos de los cuales, partículas como *manocé* funcionan como adverbios y aun como interjecciones.⁹⁰

Interesa también señalar las precisiones que introduce en relación con *aúh*, es decir con sílaba breve, distinta de *aúh* con sílaba larga, así como la referencia a la forma reverencial *auhtzin*, entendido unas veces como afirmación y otras: “[...] de estribillo, cuando uno cuenta algo, con que hace tiempo para acordarse de lo que se sigue y da a entender le parece bien lo que dice y quiere que los otros reparen en ello [...]”.⁹¹

⁸⁷ Carochi, *op. cit.*, p. 100r.

⁸⁸ *Loc. cit.*

⁸⁹ Véase *Arte*, p. 108r-109v.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 111v.

⁹¹ *Ibid.*, p. 125r.



Un último elemento, al que se debe también aludir, lo constituyen las interjecciones también estudiadas, entre ellas *tlácā*, *tlácāzo*, *ma*, *hui*, *o...*

El *Arte*, como ya se dijo, concluye con un “Capítulo último, de dicciones que mudan la significación solamente por la variación del *accento*”. Lo que allí reúne Carochi ha sido copiado por otros varios gramáticos y en parte mínima enriquecido con algunos vocablos.

Conclusión

A modo de conclusión de este estudio introductorio, en el que he señalado los principales méritos de esta obra de Horacio Carochi, diré que es actualmente cuando comienza a aprovecharse más esta mina de conocimientos lingüísticos. En la etapa novohispana acudieron a ella Agustín de Aldama y Guevara para dar mejor apoyo a su nuevo *Arte*, e Ignacio de Paredes, que se preocupó por hacer un *Compendio*, no del todo afortunado.

Mayor atención pudo haber recibido este *Arte* desde que, en 1892, el Museo Nacional de México hizo una reimpresión del mismo. Sin embargo, son pocos los gramáticos del náhuatl que han tomado realmente en cuenta la riqueza de análisis y descripciones del jesuita florentino. Tan sólo en tiempos más recientes, y a partir de Ángel María Garibay, que lo consultó al elaborar su *Llave del náhuatl*, la importancia del trabajo de Carochi se aprecia cada vez más. Las ya citadas obras de Andrews, Launey, Karttunen y Canger dan prueba de ello.

Me complace, al ofrecer este facsímil de la edición de 1645, dejar constancia de los valiosos comentarios y sugerencias que en relación con este estudio introductorio recibí de la doctora Karen Dakin. Exproso también mi reconocimiento a don Juan Luis Mutiozábal, director del Centro de Estudios Históricos Condumex, que me permitió fotografiar el ejemplar que allí se conserva del *Arte* de Carochi en su edición *princeps*, para disponer este facsímil. Al maestro Roberto Moreno de los Arcos, director del Instituto de Investigaciones Históricas, y al doctor Rubén Bonifaz Nuño, director del de Investigaciones Filológicas, agradezco hayan aprobado la inclusión de este trabajo en esta serie de publicaciones. Una vez más quiero manifestar mi gratitud a Guadalupe Borgonio, eficiente colaboradora por más de veinte años, que transcribió en limpio este texto y participó en la corrección de pruebas.

Al publicar este *Arte*, mi propósito es volver de nuevo asequible la sabiduría lingüística de quien, adelantándose en mucho a su tiempo,



hizo descripción puntual de la estructura del náhuatl en sus niveles fonológico, morfológico y de funcionamiento en la plenitud de su expresión oral y escrita.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS